

Alejo Carpentier, el conversador y el novelista

Marta Rojas

Tuve el privilegio de conocerlo y me pregunto quién fue más sugere, si el novelista, si el escritor en su acepción más amplia, o el conversador: se trata, desde luego, de Alejo Carpentier (1904-1980), quien este año celebra –porque es de las personas que no mueren– el centenario de su nacimiento.

Llegué a la figura de este escritor cubano universal cuando yo, recién graduada de periodista, tuve el privilegio de que alguien que lo había conocido a finales de los años veinte del siglo XX, puso en mis manos la novela de Alejo *El reino de este mundo*, en su primera edición. Era una edición rústica publicada en México y costada por el mismo autor. Esta novela, me dijo quien me la dio a leer, ganó al año siguiente el título del libro más vendido y reseñado en Francia. «Yo lo conocí, y le entregué un documento que quemaba en las manos, el Manifiesto del Grupo Minorista». Mi interlocutor era mi jefe en la Sección en Cuba de la *Revista Bohemia*, un hombre excepcional como periodista, que poseía una cultura espléndida y se llamaba Enrique de la Hoza.

En un momento este hombre me ofreció varias informaciones. Por ejemplo, que Alejo también ejercía el periodismo, que era musicólogo y, en conexión con ese Grupo Minorista que abogaba por una cultura nacional, se trataba de un escritor comprometido con las causas más justas, pues el Grupo Minorista se había fundado en una época de sanguinaria tiranía en Cuba, conocida como «el machadato». Obviamente yo leí *El reino de este mundo*.

En primer lugar tenía que hacerlo porque Enrique solía hablar con los periodistas noveles de la «Sección en Cuba» sobre los libros que nos entregaba o recomendaba. Era una especie de examen lo que llevaba a cabo en tertulias de cafés habaneros o algún bar de su preferencia, después del cierre de las páginas. Pero este deber lo cumplí tan rápidamente que releí el libro: estaba ante una obra maestra, aunque no lo sabía. Así tuve el primer conocimiento a distancia sobre Alejo Carpentier. No me imaginé que podía llegar a ser amiga suya y de Andrea Esteban de Carpentier (Lilia), su esposa, un personaje detrás del genio, pero de una cultura, autoridad y modestia inimaginables para mí que ya sabía de su origen burgués y de linaje, como de cubanía hasta el confín de su conciencia, al que renunció por casarse con el entonces

periodista Carpentier. Mi curiosidad, impenitente a veces, me hizo buscar y buscar sobre ella hasta llegar a saber que su bisabuelo había sido el Gobernador Político General de la provincia de Matanzas, Marqués de Esteban y que este había colocado la primera piedra del proyecto del teatro más importante de esa ciudad, y uno de los más famosos de la Cuba colonial. Este, en principio, se llamó por él Teatro Esteban, y luego Sauto en honor a quien terminó la obra.

No pasaría mucho tiempo, cuando al triunfar la Revolución Cubana, un día el propio Enrique me mandó a hacerle una entrevista a Carpentier quien acababa de llegar de Venezuela y estaba realizando proyectos culturales en La Habana, el primero impulsar una Festival del Libro e inmediatamente después colaborar, codo con codo con Haydée Santamaría, una heroína de la Revolución encabezada por Fidel. Se trataba de echar a andar el Premio de la Casa de las Américas, institución que ella presidía. Entonces vi muy de cerca a Carpentier, el autor de *El Reino de este mundo*. Lo observé gesticulando y conversando con una sonrisa entre irónica y candorosa, combinación rara. Luego lo vería de nuevo en la Editora Nacional. Le hice preguntas que me contestó con una naturalidad asombrosa, sin dejar de trabajar frente a su mesa. Entonces fumaba cigarrillos. Me recibió, o mejor, yo fui a su encuentro cuando me indicaron dónde estaba su escritorio y le pregunté sobre *El Quijote* y la edición millonaria que a sugerencia suya publicaba la Revolución. Sus respuestas fueron concisas, apenas alcanzaban para una nota de la sección pero me habló de anécdotas de Sancho Panza, de Dulcinea y de Don Quijote, como si éstos fueran personajes de carne y hueso.

En ese encuentro descubrí al conversador cabal. Luego de un buen rato de conversación –suya– me preguntó cómo estaba Enrique (Enrique de la Hoza), y además, mi nombre. Todo ello sin ninguna afectación, vi que, mecánicamente o como recordatorio, apuntó los dos nombres en un papel y un «dile a Enrique que lo voy a ver».

Siete años después volví a hablar con Carpentier y se selló una amistad privilegiada. Ocurrió en Hanoi en plena guerra de Viet Nam. Fue en 1966. El año anterior yo había permanecido varios meses trabajando como corresponsal de guerra en el sur de Viet Nam, junto a los famosos *viet cong*, el ejército guerrillero del Frente Nacional de Liberación, triunfante en 1975. Coincidió la estadía mía en Hanoi con la visita que Alejo Carpentier a la República Democrática de Viet Nam, invitado por los escritores vietnamitas. Pero una visita a Viet Nam en guerra era vivir y sufrir la guerra, de modo que en las noches los corresponsales y otros visitantes solidarios nos reuníamos en el único ho-

tel con condiciones para ello, llamado *Reunificación*, construido por los anteriores ocupantes franceses.

Durante no menos de tres o hasta cuatro noches, en el vestíbulo del hotel, donde los que gustaban beber una copas sólo podían optar entre cerveza o vodka vietnamita, té o café, pues no había otras, acercaban sus asientos hacia donde estaba ese hombre alto de voz fuerte y gestos maravillosos que contaba sus experiencias en el paralelo que separaba artificialmente el Norte del Sur de Viet Nam, y sobre los horrores que había visto durante el día. Pero lo más interesante era que hablando de ello conectaba un suceso con otro que sucedía en Europa o en América, o había sucedido durante la Conquista del Nuevo Mundo, o en África, inclusive. Es de suponer que muy pronto él estableció una especie de complicidad conmigo –la otra cubana en el círculo– para llevar el tema hacia donde quería y contar a los demás extranjeros cosas de América toda, y así llegó hasta José Martí, el primer latinoamericano, cubano por más señas, que desde Nueva York en el Siglo XIX escribió para los niños sobre el Reino de Annam y las tierras de los anamitas (vietnamitas) que visten pijamas de seda, comen pescado y arroz, y luchan y volverán a luchar hasta vencer, decía Martí.

Carpentier era tan perspicaz que comprendía de inmediato, entre su espontáneo auditorio, cuándo alguien quería saber con más exactitud alguna cosa o no la comprendía bien mediante el intérprete vietnamita. En ese caso él mismo se traducía al francés y algún otro periodista del francés al ruso u otro idioma.

Así transcurrieron varios días –él permaneció dos semanas en el Norte de Viet Nam– pero a veces tenía compromisos con los escritores, poetas o la Embajada de Cuba, y faltaba a esa apetecida tertulia, lo cual nos desalentaba a todos.

Pero él también sabía escuchar y provocar para que otros hablaran. A los rusos les hablaba de Rusia y de su madre rusa, a los franceses de todo lo que aprendió en París, de la evolución «extraordinaria» (palabra muy suya) de la radiodifusión; de pintores, músicos, museos o barrios de París. Yo no fui una excepción en sus pesquisas y en una ocasión estuve respondiéndole sus preguntas sobre el asalto al Cuartel Moncada el 26 de julio de 1953 y el juicio celebrado a Fidel Castro y sus compañeros, el cual había tenido la fortuna de presenciar directamente. Pienso que debió interesarle mucho pues me dijo que había leído el libro mío sobre el tema, pero quería saber más y de paso me prometió hacerle un prólogo a alguna nueva edición. En pocos años me vi privilegiada con su prólogo.

Después de esos días de Hanoi, entre cuyas conversaciones no podía faltar alguna sobre la comida asiática y especialmente la vietnamita, seríamos colegas de tú a tú –salvando las diferencias de edades y envidias– nada menos que en Estocolmo, a propósito de celebrarse la primera sesión del Tribunal Bertrand Russell contra los crímenes de guerra en Viet Nam. En ese foro mundial participamos gentes de varios países, incluso norteamericanos que habían sido prisioneros del FNL. Y fue escuchada con avidez la voz de Alejo Carpentier.

La narración de lo que vio en una escuela, por la forma en que la hizo, parecería un trozo de novela, o una magnífica crónica. Pero lo más insólito para mí, fue que él alabaría mi discurso. Diría después: «...cuando ambos aportamos nuestros testimonios acerca de las atrocidades cometidas por las tropas norteamericanas en la Guerra de Viet Nam, pude apreciar la elocuente concisión del discurso pronunciado por Marta Rojas ante el Tribunal Russell reunido en Estocolmo...» No me consideraba ninguna persona medianamente importante para merecer ese elogio.

Su pieza oratoria, basada en el bombardeo a la escuela fue antológica: «A la hora citada, los alumnos se encontraban en la clase de geografía. Hubo una primera pasada de aviones norteamericanos... Los niños descendieron a un refugio subterráneo bastante elemental, evidentemente, pero ¿qué hacer más que abrir galerías de topo en una tierra húmeda cuando esto constituye la única defensa posible? Las bombas comenzaron a caer. Caían exactamente sobre el refugio y los que allí se encontraban. Treinta y tres niños perecieron enterrados. Algunos fueron hallados estrechando en sus brazos a sus compañeros de estudios. Se halló la camisa de uno de ellos colgada de un árbol. El suelo estaba sembrado de libros manchados de sangre... Lo que queda de esta escuela de Hadinh es un hoyo de 13 metros de diámetro y 7 de profundidad»

Ahora, cuando reviso las actas del Tribunal donde hay fragmentos de sus palabras, recuerdo por fuerza las páginas que el mismo Alejo Carpentier había escrito en España cuando la Guerra Civil, publicadas en la revista *Carteles* de La Habana en 1937: «Serían las cuatro de la madrugada. En el medio sueño precursor del despertar percibo un ruido anormal, ruido que hiere mis oídos por primera vez, zumbido de motores de aeroplanos, acompañados de un extraño silbido intermitente, como notas picadas de un flautín agudísimo. Quejas del aire desgarrado por balas de los cañones antiaéreos. De pronto, una explosión sorda, subterránea, formidable golpe de ariete en la corteza del suelo. Hace